



## ACTO IV

### ESCENA I

Una sala con gran columnata. Es de noche; la escena está iluminada por una lámpara suspendida del techo

Salen DOÑA ISABEL y DIEGO

ISABEL

**N**o hay noticia alguna de mis hijos? ¿Se han descubierto indicios del paradero de mi hija?

DIEGO.—No, princesa; pero bien podéis confiar en el celo de sus hermanos

ISABEL.—¡Ay, Diego! cuán inquieta estoy! ¿De mi dependía prevenir esta desgracia!

DIEGO.—¿Por qué mortificaros con remordimientos? ¿Qué precaución habéis olvidado?

ISABEL.—La de sacarla más pronto de su retiro, como quería.

DIEGO.—Os lo prohibía la prudencia. Habéis obrado cuerdamente; las consecuencias en la mano de Dios están.

ISABEL.—¡Ah! no hay placer sin amargura. Sin esta desgracia sería ahora completa mi felicidad.

DIEGO.—No por eso se desvaneció; está sólo aplazada. Gozaos ahora en la unión de vuestros hijos.

ISABEL.—Sí, les he visto abrazarse estrechamente; ¡espectáculo consolador que no había aún contemplado!

DIEGO.—Y no era simple apariencia. Aquel abrazo salía del corazón, porque su franqueza aborrece el disimulo y la mentira.

ISABEL.—Veo también que son capaces de tiernos sentimientos, y dichosa descubro que honran lo que aman. Quieren renunciar ahora á la libertad desenfrenada; su juventud ardiente é impetuosa no se sustrae al yugo de la ley y su misma pasión es honrada. Puedo confesarte ya, Diego, que veía con angustia y terror el instante en que se exaltarán sus pasiones á tal punto, porque el amor se convierte facilmente en ira en las naturalezas vehementes. ¡Si una chispa funesta de celos cayese en sus almas, inflamadas aún por el antiguo rencor!... Este pensamiento me hacía estremecer. Sus inclinaciones, que no han sido nunca las mismas, podían desgraciadamente chocar por primera vez. ¡Gracias sean dadas al cielo, pues aquella nube que se me apareció lúgubre y amenazadora, desvaneciola un ángel y mi corazón respira en libertad.

DIEGO.—Sí, regocíjate de tu obra; con tu ternura, con tu blanda habilidad hiciste lo que su padre no logró nunca con toda la fuerza de su poder. Esta es tu gloria: bien que deba concederse algo á tu feliz estrella.

ISABEL.—Obra ha sido de ella en gran parte, y también mía. No era cosa baladí tener guardado un secreto durante tantos años, engañar al hombre más previsor, contener en mi corazón la fuerza de la sangre, que semejante á la llama comprimida, se esforzaba en escapar de la prisión.

DIEGO.—Tan prolongados favores de la suerte son prenda de feliz desenlace.

ISABEL.—Mas no bendiré mi estrella antes de haber visto el final de estos sucesos. Harto me advierte la desaparición de mi hija que mi genio malo no duerme aún. Aprueba ó censura mi conducta, Diego, pero no quiero tener nada secreto á tu fidelidad. No podía resignarme á permanecer aquí en ociosa inacción mientras mis hijos están ocupados en buscar las huellas de su hermana. Yo hice algo también. Donde el arte del hombre es insuficiente, se manifiesta á menudo el cielo.

DIEGO.—Explicame lo que debo saber.

ISABEL.—En una ermita levantada sobre las cumbres del Etna, habita un piadoso solitario llamado por los ancianos de la comarca el Viejo de la montaña. Viviendo más cerca del cielo que la raza errante de los hombres, ha depurado sus ideas terrestres en una atmósfera transparente, y desde aquella cima tras tantos años de retiro, observa las complicaciones caprichosas, los caminos tortuosos é incomprensibles de la vida. El destino de mi casa no le es ageno; con frecuencia el santo ermitaño ha interrogado para nosotros el cielo, y con sus oraciones nos libró de más de una maldición. Poco há le mandé un joven y diligente mensajero para que le dé noticias de mi hija, y aguardo su próxima llegada.

DIEGO.—Si no me engaño él viene corriendo. ¡Laudable diligencia!

## ESCENA II

Los mismos y EL MENSAJERO

ISABEL.—Habla; no me ocultes ni el bien ni el mal; dime claramente la verdad. ¿Cuál es la respuesta del Viejo de la montaña?

EL MENSAJERO.—Me ha dicho que me volviese prontamente porque la que se perdió se ha encontrado.

ISABEL.—¡Bendita voz! palabra del cielo! siempre anunciaste lo que yo deseaba..... ¿Y á cual de mis hijos fué concedido dar con las huellas de la que se perdió?

EL MENSAJERO.—Tu hijo mayor ha descubierto su escondido retiro.

ISABEL.—Á Manuel la debo. ¡Ah! siempre fué para mí un hijo de bendición! ¿Has entregado al ermitaño el cirio bendito que le enviaba para arder ante los santos? El piadoso servidor de Dios desdeña los dones que alegrarían á los demás hombres.

EL MENSAJERO.—Lo ha tomado en silencio de mis manos; después, se ha acercado al altar, encendió el cirio en la lámpara que arde delante del santo patrón de la ermita, y de repente ha prendido fuego á la cabaña donde adora á Dios desde hace noventa años.

ISABEL.—¿Qué dices? ¡Qué terror despierta en mí!

EL MENSAJERO.—Y gritando tres veces: ¡Desdicha! desdicha! desdicha! ha bajado silencioso de la montaña, ordenandome por signos que no le siguiese, ni mirase hacia atrás; y perseguido por el terror, he corrido hasta aquí.

ISABEL.—¡En qué incertidumbre y angustia me surgen estas palabras! Gran noticia es que Manuel haya encontrado á mi hija, mas ¡cómo regocijarme acompañada de funestas señales!

EL MENSAJERO.—Vuelve atrás los ojos, princesa, y ve cumplirse las palabras del solitario, porque ó todó me engaña, ó es la hija que perdiste, y que buscabas, la que te devuelven los caballeros.

*(El segundo coro trae sobre unas andas á Beatriz, sin conocimiento é inmóvil).*

## ESCENA III

ISABEL, DIEGO, EL MENSAJERO, BEATRIZ, EL CORO, BOHEMUNDO, ROGERIO, HIPÓLITO y los otros nueve caballeros de don César.

EL CORO - BOHEMUNDO.—En cumplimiento de la orden de nuestro señor, venimos, princesa, á depositar la doncella á tus plantas. Esto nos mandó, y añadió te dijéramos que es tu hijo César quien te la envía.

ISABEL (*se lanza hacia Beatriz, pero enseguida retrocede aterrada*).—¡Oh, cielos! está pálida y sin vida!

EL CORO - BOHEMUNDO.—Vive; va á despertar. Dale tiempo de recobrase de los tristes sucesos que tienen encadenados aún sus sentidos.

ISABEL.—Hija mía, hija de mi dolor y de mis inquietudes, ¿así nos volvemos á ver? ¿De tal suerte debías entrar en la casa de tu padre? ¡Ah! quiero que tu vida reviva en la mía! Quiero oprimirte contra mi seno maternal hasta que palpiten de nuevo tus arterias, libres de este frío de muerte. (*Al coro.*) ¿Qué terrible suceso ha acaecido? ¿Dónde la has encontrado? ¿Cómo mi hija querida se halla en tan espantosa y deplorable situación?

EL CORO - BOHEMUNDO.—No me lo preguntes, porque mi boca enmudeció. Tu hijo don César te lo explicará todo; él es quien te la envía.

ISABEL.—Mi hijo don Manuel, querrás decir.

EL CORO - BOHEMUNDO.—Tu hijo don César te la envía.

ISABEL (*al mensajero*).—¿No fué don Manuel quien nombró el solitario?

EL MENSAJERO.—Sí, princesa, esto dijo.

ISABEL.—Sea el que fuere, me inunda el gozo. Le debo mi hija; ¡bendito sea! Pero ¡ay! ¿ha de envene-

nar un demonio envidioso la felicidad de un instante deseado con ardor? ¿he de luchar por mi bienestar? Veo á mi hija en la casa de su padre, es cierto; pero ella no me ve, no me oye, no puede responder á la alegría de su madre. ¡Oh, abríos, ojos espléndidos! ¡reanimaos, manos adoradas! Levántate, seno inani-



mado y palpita gozoso. Diego, ¡es mi hija! ¡la que tanto tiempo permaneció oculta, la que he salvado! puedo reconocerla ante el mundo entero.

EL CORO - BOHEMUNDO.—Paréceme entrever extraña y nueva fuente de espanto; espero acongojado la explicación y el fin de este error.

ISABEL (*al coro que se muestra sorprendido y confuso*).—¡Vuestros corazones son impenetrables! vuestro pecho resguardado con su coraza de bronce, rechaza, como las escarpadas rocas del mar, la alegría que siento, y la encierra en mi corazón. En vano busco en todo este círculo una mirada de ternura. ¿Qué esperan mis hijos? ¡Ah, cuando quisiera ver en torno mío quien compartiese mi júbilo, siento que me cercan

fieras del desierto sin compasión, ó monstruos del Océano!

DIEGO.—¡ Abre los ojos! ¡ se mueve! ¡ vive!

ISABEL.—¿ Vive? ¡ Ah! ¡ que su primera mirada sea para su madre!

DIEGO.—Sus ojos vuelven á cerrarse con espanto.

ISABEL (*al coro*).—Retiraos; la vista de esos extranjeros la atemoriza.

EL CORO (*se retira*).—BOHEMUNDO.—Gustoso evitaré su mirada.

DIEGO.—En ti fija sus ojos asombrados.

BEATRIZ.—¿ Dónde estoy? Yo conozco estas facciones.

ISABEL.—Recobra sus sentidos.

DIEGO.—¿ Qué hace? ¡ cae de rodillas!

BEATRIZ.—¡ Oh dulce y angélico rostro de mi madre!

ISABEL.—¡ Hija de mi corazón! ¡ ven á mis brazos!

BEATRIZ.—Á tus piés ves á la culpable.

ISABEL.—Vuelvo á verte. Todo está olvidado.

DIEGO.—Mirame á mí también. ¿ Me recuerdas?

BEATRIZ.—¡ La encanecida cabeza del buen Diego!

ISABEL.—El fiel guardián de tu infancia.

BEATRIZ.—Me encuentro entre los míos.

ISABEL.—Y en adelante nada podrá separarnos sino la muerte.

BEATRIZ.—¿ No me lanzarás otra vez entre los extraños?

ISABEL.—Nada nos separará; el destino está apaciguado.

BEATRIZ (*se echa en sus brazos*).—¿ Estoy realmente sobre tu corazón, y lo que ha pasado era un sueño, un sueño penoso y terrible? ¡ Oh, madre mía! le he visto caer muerto á mis piés. ¿ Cómo he venido hasta aquí? No me acuerdo. ¡ Qué feliz soy de hallarme libre en tus brazos! Querían llevarme á su madre, la princesa de Mesina. ¡ Antes la muerte!

ISABEL.—¡ Vuelve en ti, hija mía! La princesa de Mesina...

BEATRIZ.—No la nombres; al oír esta palabra fatal, el frío de la muerte se esparce por mis venas.

ISABEL.—Escucha, hija mía.

BEATRIZ.—Tiene dos hijos que se aborrecen á muerte. Llámalos don Manuel y don César.

ISABEL.—¡ Pero soy yo! ¿ No reconoces á tu madre?

BEATRIZ.—¿ Qué dices? ¿ Qué palabra has proferido?

ISABEL.—Yo soy la princesa de Mesina, tu madre.

BEATRIZ.—¡ Infeliz, infeliz de mí! ¡ Oh, luz espantosa!

ISABEL.—¿ Qué tienes? ¿ Qué te agita con tal violencia?

BEATRIZ (*pasea en torno suyo una mirada extraviada y se fija en el coro*).—Son ellos. Sí, ahora los reconozco. No era un sueño engañoso; ellos son, presentes estaban. ¡ Ahora me aparece la horrorosa verdad! ¡ Desdichados! ¿ dónde le tenéis oculto?  
(*Se adelanta á grandes pasos hacia el coro que se vuelve de espaldas. Oyese á lo lejos una marcha fúnebre.*)

EL CORO.—¡ Desdicha! ¡ Desdicha!

ISABEL.—¿ Dónde lo escondieron? ¿ Qué es la verdad? Os quedáis mudos y perplejos; parece que la comprendéis. Observo en vuestros ojos, en vuestra voz entrecortada, algo lamentable que ha de caer sobre mí... ¿ Qué pasa? ¡ quiero saberlo! ¿ Por qué volvéis con terror vuestras miradas hacia la puerta? ¿ Qué significan los acordes de esta música?



EL CORO - BOHEMUNDO. — Acércase el momento; el misterio horrible va á declararse. Sé fuerte, princesa; alienta á tu corazón; soporta con energía lo que te espera. Muestra varonil firmeza en este dolor mortal.

ISABEL. — ¿Quién se acerca? ¿Quién me espera? Oigo fúnebres quejidos que resuenan en este palacio... ¿Dónde están mis hijos?

(*El primer coro trae el cadáver de don Manuel sobre unas andas, y lo coloca en el lado de la escena que ha quedado libre; lo cubre un paño negro.*)

#### ESCENA IV

ISABEL, BEATRIZ, DIEGO, LOS DOS COROS

I.º CORO - CAYETANO. — Á través de las calles marcha la desgracia seguida de las quejas. Así vaga furtiva en torno de las habitaciones de los hombres: hoy llama á esta puerta, mañana á la otra; mas nadie se libra de ella. El doloroso y funesto mensajero vendrá más ó menos tarde á colocarse en los umbrales de toda mansión.

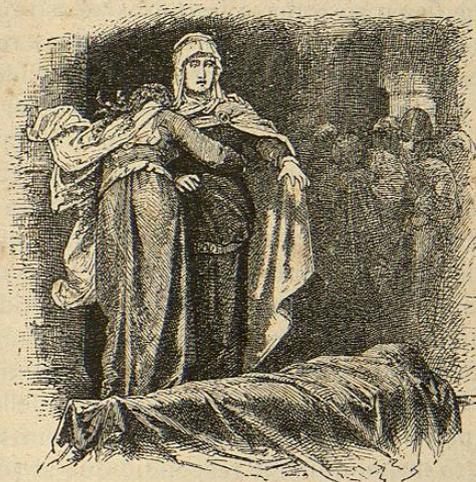
BERENGUER. — Caen las hojas al declinar el año, y los viejos exhaustos bajan al sepulcro. Cumple con ello la naturaleza sus leyes, sin que espante ni sorprenda al hombre.

Mas en esta vida terrestre, habéis de conocer también lo extraordinario: el homicidio, con su mano poderosa, rompe de igual modo los más sagrados lazos. En la barca de la Estigia, la muerte arrebató también á la juventud floreciente.

CAYETANO. — Cuando los nubarrones amontonados oscurecen el cielo, y el trueno retumba con redobles sonoros, todos los hombres se estremecen bajo el poder del hado. Mas el trueno puede desgajarse también

de un cielo sin nubes. Temed en los días de gozo la pérfida visita de la desgracia. No permanezcáis apegados á los bienes que engalanan la vida pasajera. Aprenda á perder quien posea; aprenda á sufrir el dichoso.

ISABEL. — ¿Qué he de oír? ¿Qué cubre este velo? (*Da un paso en dirección á las andas, y se detiene temblorosa y vacilante.*) Me siento arrastrada por horrible impulso, y me contiene al propio tiempo la mano fría



y siniestra del terror. (*A Beatriz que se ha interpuesto entre ella y las andas.*) Déjame; sea lo que fuere, quiero levantar este velo. (*Alza el velo, y descubre el cadáver de don Manuel.*) ¡Oh, potencias celestiales! ¡Es mi hijo!

(*Queda inmóvil de horror. Beatriz lanza un grito y cae junto á las andas.*)

EL CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO. — ¡Madre infeliz! ¡es tu hijo! Tú lo dijiste, no yo.

ISABEL. — ¡Hijo mío! mi Manuel! ¡Oh, eterna miseri-

cordia! ¡así he de volver á encontrarte! ¿Habías de dar tu vida para arrancar tu hermana del poder de los bandidos? ¿Dónde estaba tu hermano? ¿Por qué no te protegí? ¡Maldita sea la mano que causó esta herida! ¡Maldita sea la mujer que dió vida al asesino de mi hijo! ¡Maldita toda su raza!

EL CORO.—¡Desdicha! ¡desdicha! ¡desdicha! ¡desdicha!

ISABEL.—¿Así cumplís vuestra palabra, potencias celestiales? Esta es vuestra verdad! Desdichado de aquel que fía en vosotras, á impulsos de su rectitud! ¿Por qué mis esperanzas, por qué mis temores si debía ser este el desenlace? Vosotros que me rodeáis con espanto y saciáis vuestras miradas en mi dolor, aprended á conocer las mentiras con que nos engañan los ensueños y los adivinos, y seguid creyendo en el oráculo de los dioses. Cuando llevaba á mi hija en el seno, su padre soñó un día que veía salir de su lecho nupcial dos laureles que entrelazaban sus ramas tupidas. Entre los dos se alzaba un lirio, que convertido luégo en una antorcha, devoró las ramas de los laureles, y lanzándose con furor hacia la bóveda, consumió en un instante el palacio entero. Aterrado por aquella maravillosa aparición, vuestro padre consultó á un adivino, á un negro mago, quien le respondió que si yo daba á luz una niña, daría ella la muerte á mis dos hijos y aniquilaría mi raza.

EL CORO - CAYETANO Y BOHEMUNDO.—¿Qué dices, princesa? ¡Oh desdicha!

ISABEL.—Su padre ordenó darle muerte, pero yo la libré de la horrorosa sentencia. ¡Pobre niña! Arrebatada en edad tan tierna al seno de su madre, para no hacer perecer á sus hermanos en más larga edad! ¡Y ahora su hermano cae por mano de los bandidos! No es ella, inocente, la que le mató.

EL CORO.—¡Oh desdicha! ¡Oh desdicha!

ISABEL.—Ninguna confianza me inspiraba la sentencia de un servidor de los ídolos. Una esperanza mejor dió fuerzas á mi alma. Otros labios, que yo consideraba verídicos, me anunciaron que mi hija reuniría por medio de un ardiente amor el corazón de mis hijos. Así los oráculos se contradicen y amontonan la bendición y la maldición sobre la cabeza de mi hija. La desgraciada no ha merecido la maldición, y no le ha sido dado el tiempo para que la bendición se realizara. Ambos oráculos han mentido; el arte de los adivinos es fútil vaciedad, pues se engañan ó nos engañan. Nada verdadero puede saber acerca del porvenir, ni el que bebe en las fuentes infernales, ni el que bebe en la fuente de la luz.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—¡Desdicha! desdicha! ¿Qué es lo que dices? Detente, detente! Guarda las palabras que escapan á tu lengua temeraria. Los oráculos ven y alcanzan la verdad; los acontecimientos lo demostrarán.

ISABEL.—No guardaré mis palabras; hablaré en voz alta, como me lo ordena mi corazón. ¿Á qué visitar, devotos, los templos? ¿Á qué levantar nuestras manos piadosas al cielo? ¡Oh, insensatos é inocentes! ¿qué ganamos con nuestra confianza? Tan imposible es llegar hasta los dioses, habitantes de las regiones elevadas, como lanzar una flecha á la luna. El porvenir está cerrado á los mortales, y ninguna plegaria penetra en un cielo de bronce. ¡Qué importa que el pájaro vuele hacia la derecha ó hacia la izquierda, que las estrellas estén en tal situación ó en tal otra? El libro de la naturaleza no puede ser interpretado: la explicación de los sueños es un sueño, y todos los signos son falaces.

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Detente, infortunada. Desdicha! desdicha! Niegan los ciegos la esplendorosa claridad del sol. Los dioses existen. Reconóceles; te rodean, invisibles.

BEATRIZ.—¡ Oh, madre, madre mía! ¿ Por qué blasonaste de mayor cordura que aquellos que todo lo ven y conocen el encadenamiento de los tiempos presentes con los tiempos futuros, y ven las semillas tardías germinar en el porvenir? Para ruina tuya, para la mía, para la ruina de todos, robaste á los dioses de la muerte la presa que te reclaman, que por sí mismos se toman duplicada y triplicada. No te agradezco tu triste beneficio; para el dolor y el llanto me has conservado.

1.<sup>er</sup> CORO-CAYETANO (*con viva emoción mirando á la puerta*).—Abríos de nuevo, crueles heridas; derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

BERENGUER.—Oigo el ruido de los piés de bronce, oigo el ruido de las víboras del infierno, conozco las pisadas de las Furias.

CAYETANO.—Derrumbáos, murallas! Umbrales de este palacio, hundíos bajo sus tremendas pisadas! Negro vapor se alza del fondo del abismo. La suave claridad del día se desvanece y los dioses protectores de esta casa se retiran y ceden el paso á las diosas de la venganza.

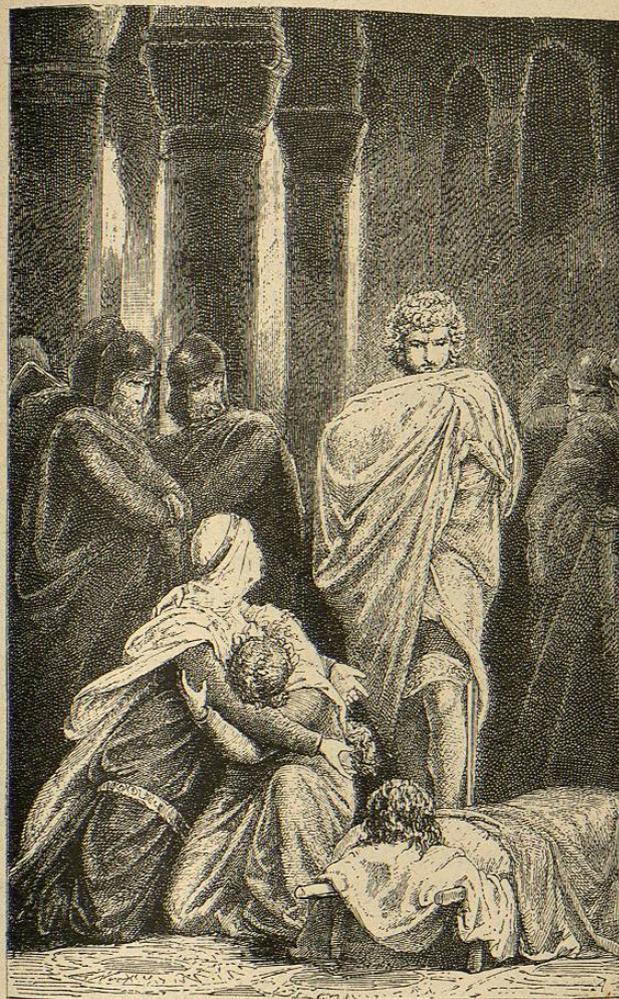
## ESCENA V

DON CÉSAR, ISABEL, BEATRIZ, EL CORO

(*A la llegada de don César, el coro se divide como alejándose de él. Don César se queda solo en el centro de la escena.*)

BEATRIZ.—¡ Infeliz de mí! ¡ Es él!

ISABEL (*se le acerca*).—¡ Oh, César, hijo mío! ¿ Así he de volver á verte? Mira! ve el crimen cometido por una mano maldita de Dios.



ISABEL.—¡ Mira! ve el crimen cometido....